

Hacia una nueva Edad Media

Jorge Andrade

El historiador Eric J. Hobsbawm termina su *Historia del siglo XX* con estas palabras: «...si la humanidad ha de tener un futuro, no será prolongando el pasado o el presente. Si intentamos construir el tercer milenio sobre estas bases, fracasaremos. Y el precio del fracaso, esto es, la alternativa a una sociedad transformada, es la oscuridad.»

¿A qué se refiere Hobsbawm con la palabra «oscuridad» con que remata su historia de lo que él llama «el siglo XX corto», es decir el que va desde la Primera Guerra Mundial a la disgregación de la URSS? Presumiblemente alude a la idea marxista de la «barbarie», a la que la humanidad se vería abocada en la hipótesis del fracaso socialista y de una victoria del capitalismo de tal calibre que cerrara el paso a cualquier alternativa.

La época a la cual teme Hobsbawm que estemos abocados podrá llamarse de «la oscuridad», como quiere él, de la «barbarie» o «del ocaso», como prefieren otros autores; en todo caso, cualquiera de esas denominaciones está cargada de alusiones ominosas, capaces de provocar el desasosiego de nuestro ánimo. Las tres evocan desorden, ignorancia, brutalidad, estancamiento, anarquía, peligro, enfermedad, muerte; las tres nos remontan imaginariamente al período histórico que tradicionalmente se vincula con esas amenazas: la Edad Media.

¿Ha comenzado ya la Edad Media?

¿Estamos a punto de entrar en una nueva Edad Media? ¿Tal vez lo hemos hecho ya? Para tratar de responder a estas preguntas inquietantes veremos lo que dice Umberto Eco en el ensayo «La Edad Media ha comenzado ya».

En dicha obra Eco realiza un paralelo entre momentos y situaciones actuales, y momentos diversos de un proceso histórico –el del medioevo– que abarca mil años. Por eso mismo se cuida de subrayar que, si se pretendiera llevar a cabo una transposición automática de una a otra época, se llegaría a conclusiones absurdas. En primer lugar porque, en virtud de la aceleración del tiempo histórico, lo que en el medioevo llevaba un siglo en nuestra época, tal vez, demora un día. En segundo lu-

gar porque en nuestra civilización planetaria conviven culturas que se encuentran en distintas etapas de evolución; incluso de algunas de ellas se podría decir, en forma coloquial, que viven en «condiciones medievales». Lo que el autor pretende es construir un modelo teórico que sirva de herramienta de aproximación a la realidad desde una perspectiva medieval, para así dejar atrás las intuiciones y sistematizar los datos.

La hipótesis de Eco se apoya en las siguientes comprobaciones:

1. *Una gran Paz que se desmembra.* Un gran poder internacional que había unificado el mundo desde el punto de vista militar, civil, social y cultural, se derrumba por su propia complejidad ingobernable y por la presión de los «bárbaros» que asedian las fronteras o que, tal vez, minan el «orden» desde el interior. *La Gran Pax Romana* se resquebrajó y se vino abajo, y hoy la *Pax Americana* ha entrado en crisis, no obstante que las apariencias engañosas, opinamos, parezcan indicar lo contrario.

2. *Vietnamización del territorio.* El debilitamiento y fractura del poder central son simétricos con el fortalecimiento de intereses privados que se autoadministran, mantienen compromisos recíprocos y consiguen equilibrios. La autonomía de estos intereses se resguarda en centros fortificados de reunión y decisión protegidos por cuerpos armados a su servicio.

En el exterior de las murallas de esos «nuevos castillo», según la idea desarrollada por Furio Colombo y a la que alude Eco, se extiende el territorio «vietnamizado», o sea abierto al conflicto y a las luchas por el poder, con prescindencia de los intereses de la población. De ésta forman parte los súbditos que demandan protección a los nuevos «señores» y los nómadas que recorren el campo: monjes mendicantes, cruzados, rebeldes que se levantan contra todos los poderes y bandas armadas corporativas cada vez más independizadas del poder central.

3. *Deterioro ecológico.* Hoy las ciudades no son invadidas por mesnadas de bárbaros, pero sufren escasez de agua, apagones y atascos monumentales de tráfico. Hoy no escasea el hierro ni se padece decadencia tecnológica, pero el hiperdesarrollo de la técnica provoca infartos y enfermedades nerviosas y la expansión de la industria alimenticia produce alimentos dañinos para la salud. El campo no adolece de falta de útiles de labranza sino por la explotación intensiva, el monocultivo, la tala de bosques, la contaminación ambiental por pesticidas y la desaparición de especies animales. Y la industria de la sociedad de consumo progresa mucho más cuantitativa que cualitativamente, fundada

como está en la reducción permanente del costo de una producción masiva con bajos estándares de calidad.

4. *El neonomadismo*. El hombre de comienzos del tercer milenio sufre el síndrome del desplazamiento, por voluntad propia o impulsado por la necesidad y gracias a la innovación continua que hace más veloces los medios de transporte. El habitante de los albores del segundo milenio también padecía de nomadismo y atravesaba Europa de uno a otro confín recorriendo las rutas del peregrinaje, favorecido por numerosas invenciones que habían mejorado los portes. Es verdad que el bandidaje y otros peligros hacían inseguros los caminos; Eco se pregunta si los atentados, los secuestros y los consecuentes controles policiales en los aeropuertos dan sensación de seguridad al viajero contemporáneo.

5. *La inseguritas*. Temor al Apocalipsis, a aventurarse de noche al descubierto, al asalto y al secuestro, necesidad de portar armas en el año 1000. Miedo a la catástrofe atómica o ecológica, a ser apuñalado en el metro, al atraco, al secuestro extorsivo y a la represión policial indiscriminada, proliferación de armas en manos civiles en el 2000. Guerras no declaradas, entonces y hoy, con el intervalo de las convenciones bélicas del liberalismo moderno; guarniciones del Imperio estacionadas en las provincias, señores de la guerra.

6. *Los vagantes*. Eco establece un parangón entre las bandas de marginales, místicos y aventureros que vagaban en la Edad Media y los que vagan hoy por los territorios de la *inseguritas*. Mendigos trashumantes, sectas que buscan la Gracia por medios químicos, monjes que se deslizan del misticismo a la estafa y al asesinato por vía de ritos satánicos, guerrilleros carismáticos como Juana de Arco y el Che Guevara. Dominicos y franciscanos medievales que enfrentan el «sistema» y se enfrentan entre sí; iglesias y grupos políticos extremistas del siglo XXI que brotan por dentro y por fuera de las religiones y partidos tradicionales, y que multiplican las herejías y las excomuniones recíprocas.

7. *L'auctoritas*. El estudioso del medioevo invariablemente funda sus afirmaciones en el pensamiento de alguna autoridad que lo precede, hasta el extremo de fingir que nada de lo que propone es de su propia creación. «Somos como enanos a hombros de gigante», cita Eco a Bernardo de Chartres. La disipación cultural del fin del Imperio Romano y el caos helenístico crea en el pensador medieval la necesidad psicológica de concentrarse en la reordenación de las pautas del conocimiento. Exactamente lo contrario al enfoque que prevalece a partir de Descar-

tes hasta el siglo XX, para el cual el valor filosófico, científico o artístico depende de la originalidad creativa.

En la misma línea de paralelismo con la reacción medieval ante el dispendio de la cultura grecorromana, Eco encuentra que el pensamiento progresista de nuestros días ve con sospecha los valores de la originalidad romántico-idealista y el pluralismo liberal, que considera un disfraz bajo el que se esconde el monolitismo del dominio económico. Por eso mismo, dicho pensamiento privilegiaría la reflexión y la obra colectivas y anónimas que funcionan como comentario a los textos fundacionales, mecanismo equivalente al del recurso a la autoridad del medioevo.

8. *Formas del pensamiento.* La lógica estructuralista y el formalismo de la lógica y de las ciencias física y matemática del presente están muy cercanas al pensamiento medieval, sostiene Eco. Así también «los excesos formalistas y la tentación antihistórica del estructuralismo» serían equiparables a los de las discusiones escolásticas, y la violencia renovadora de los revolucionarios contemporáneos, basada en el discurso teórico intransigente y motorizador de prácticas discriminadoras, sería equivalente en formas e intenciones al de los reformadores, o simplemente «herejes», medievales.

Ni el político de hoy, que argumenta basándose en la autoridad para fundamentar teóricamente la nueva praxis, ni el científico que intenta fijar las coordenadas que reestructuren un universo cultural que ha explotado por exceso de originalidad y aportaciones heterogéneas, son asimilables a sus pares de la cultura burguesa moderna. Antes bien tienen su paralelo en el ideario medieval, enfrentado a un mundo, el grecorromano, que también había estallado por la confluencia conflictiva de aportes culturales demasiado diversos.

9. *La cultura visual y el arte como bricolage.* Dos épocas con utopías educativas similares y el mismo disfraz ideológico que vela un proyecto paternalista de control de las conciencias. Éste tiende un puente entre la cultura docta, disponible para la *élite* que reflexiona alfabéticamente, y la cultura popular, que recibe en imágenes los datos funcionales al saber y las estructuras del programa dominante. Monasterios medievales, y universidades y centros de investigación donde se almacena y procesa el conocimiento letrado; capiteles románicos y televisores, pantallas que transmiten visualmente la información indispensable para que la sociedad funcione.

En ambas épocas se diluye la diferencia entre objeto estético y mecánico, entre obra de arte y hallazgo ingenioso, entre arte y artesanía,

entre composición singular y producto en serie. Y en ambas se desarrolla un sentido estético que goza con el color agudo y el juego de la luz. «El nuestro» dice Eco, «es un arte de aditivos y composiciones como el medieval»; coexisten como en la Edad Media el experimento elitista con la producción masiva destinada al vulgo. También en las dos épocas advierte Eco que, junto al montaje de la cultura popular, la cultura docta realiza un trabajo de inventario y de *collage* con los restos del pasado, grecorromano en el medioevo, moderno en el presente; de tal modo que el gusto por la colección y el inventario expresaría la ansiedad por analizar y recomponer un mundo que se considera perimido pero que despierta curiosidad y produce nostalgia.

10. *Los monasterios.* «Nada hay más parecido a un monasterio que un *campus* universitario americano», donde los monjes, alejados del mundo, se enfrascan en sus investigaciones. A veces el soberano llama a uno de esos monjes, llámese Gerberto de Aurillac o Kissinger y lo envía al siglo en función política.

Los monasterios medievales no realizaron una tarea de conservación sistemática de la cultura sino que la reelaboraron un poco azarosamente, perdiendo textos fundamentales y salvando otros irrelevantes; así crearon una nueva cultura. Del mismo modo, piensa Eco, que los «nuevos monasterios» no están destinados a conservar la huellas del pasado, al contrario de lo que propone Roberto Vacca en *Medio Evo prossimo venturo*, sino a reelaborarlas y a crear, quizá también de un modo un poco azaroso, la nueva cultura.

11. *La transición permanente.* Se considera a nuestra nueva Edad Media como una época de «transición permanente», señala Eco. Hará falta construir hipótesis –como la Teoría del Caos– que nos guíen en el viaje a través del desorden y de la conflictividad. «Nacerá» –concluye– «como ya está naciendo, una sociedad de la readaptación continua, alimentada de utopía».

Los párrafos precedentes tratan de contestar a la pregunta que nos hemos hecho acerca de si ya ha comenzado la nueva Edad Media. No hay duda de que el modelo de Eco se adapta con considerable precisión a la realidad de hoy; más aún, un repaso a nuestro entorno en este comienzo del siglo XXI parece demostrar que las condiciones descritas por el autor se han extremado. Comprobamos un incremento del poder económico y político de las corporaciones, que acentúan sus atributos feudales apropiándose de parcelas cada vez mayores del patrimonio colectivo, tributarizando progresivamente el mercado y encerrándose en sus ciudadelas, protegidas por barreras físicas y cuerpos armados pro-

pios o por la intangibilidad informática. Al aumento de fuerza de las corporaciones corresponde un debilitamiento simétrico del Estado, que les cede continuamente facultades y porciones de su poder, de manera expresa o disimulada bajo el disfraz de exenciones, franquicias, subsidios, concesiones graciosas y, no lo menos importante, apoyo policial y militar. Parece evidente que las predicciones acerca de la «cuartelización» de las ciudades al estilo medieval, según el arquetipo desarrollado por Giuseppe Sacco y al que se refiere Eco, se verifican día a día con los barrios elitistas cerrados y custodiados, las *favelas* donde se concentran miseria y delincuencia, ésta reconocida oficialmente –a diferencia de la de guante blanco que el poder simula ignorar cuando no encubre activamente– y a donde la policía no se atreve a entrar salvo cuando es cómplice del delito. La experiencia del «campo» extramuros, poblado por aldeanos tributarios de las nuevas fortalezas y convertido en «zona de sufrimiento» donde se enfrentan rebeldes y fuerzas del «orden», éstas cada vez más convertidas en bandas armadas autónomas, confirma la «vietnamización» del territorio. Y así podemos seguir con el deterioro ecológico, la inseguridad, el nuevo analfabetismo, etc.

Si, pese a este último arqueo de la realidad, aún no nos atrevemos a afirmar rotundamente que ya hemos entrado en la nueva Edad Media, podemos en cambio aventurar sin exageraciones que, muy probablemente, estemos en vías de hacerlo.